



10 DE JULIO

## Santa Verónica Giuliani

(1660-1727)

Úrsula Giuliani (Veronica) nació en Mercatello sul Metauro el 27 de diciembre de 1660.

Entre los años 1669 y 1672 estuvo en Piacenza con su padre, que estaba al servicio del duque de Parma.

Volvió después a Mercatello, y el 28 de octubre de 1677 vistió el hábito religioso entre las capuchinas de Città di Castello

El 1 de noviembre de 1678 emite la profesión religiosa.

El 4 de abril de 1681 Jesús le pone sobre la cabeza la corona de espinas.

El 17 de septiembre de 1688 fue elegida maestra de novicias, oficio que desempeñó hasta el 18 de septiembre de 1691.

El 12 de diciembre de 1693 comienza a escribir su Diario.

Desde el 3 de octubre de 1694 hasta el 21 de marzo de 1698 es de nuevo maestra de novicias.

El 5 de abril de 1697, Viernes Santo, recibe los estigmas, y el mismo año es denunciada al Santo Oficio.

En 1699 es privada de la voz activa y pasiva.

El 7 de marzo de 1716 el Santo Oficio revoca su disposición.

El 5 de abril de 1716 Verónica es elegida abadesa y permanece en el cargo hasta la muerte

El 9 de julio de 1727 muere.

El 6 de diciembre de 1727 se inicia el proceso ordinario informativo, que se concluye el 13 de enero de 1735.

Siguen los procesos ordinario y apostólico en 1735 y 1746.

El 17 de junio de 1804 Verónica es beatificada por el papa Pío VII.

El 26 de mayo de 1839 es canonizada por Gregorio XVI.

*Oh almas, recurrid a la sangre preciosa de vuestro Creador, que Él os ha comprado y redimido. Dios mío, no os pido otra cosa que la salud de los pobres pecadores. Convertidlos todos a Vos, todos a Vos. ¡Oh amor, oh amor! Mandadme más penas, más tormentos, más cruces, que estoy contenta, con tal de que todas las criaturas vuelvan a Vos, y nunca, nunca, vuelvan a ofenderos. Me pongo por medianera entre Vos y los pecadores. Vengan los tormentos; el amor lo sufrió todo. El amor ha vencido, y el mismo Amor ha quedado vencido, porque el alma lo siente en sí, en modo que no tengo modo de decirlo.*

(Santa Verónica Giuliani)

## UNA VIDA CONSAGRADA A LA EXPIACIÓN

No es raro que los místicos tengan la pluma fácil, y Verónica Giuliani no constituye una excepción, ciertamente, con las 22.000 páginas manuscritas del Diario, en el que relata la dramática y exaltante historia de su camino hacia Dios. La santa lo escribió "con mortificación y rubor...", por pura obediencia"; pero, sin faltar a la verdad, hubiera podido añadir: con gran fatiga y sacrificio de sueño, porque los recuerdos fueron ordinariamente anotados durante la noche, privando al cuerpo del reposo debido.

El Diario cubre prácticamente todo el arco de los sesenta y siete años de vida de la santa, desde los primeros recuerdos de la infancia, mencionados en cinco relaciones, hasta el día 25 de marzo de 1727 cuando, según dice Verónica, la Virgen le sugirió que escribiera: "Pon punto final", y su cansada mano dejó la pluma para siempre.

Verónica nació en Mercatello sul Metauro el 27 de diciembre de 1660, y fue bautizada al día siguiente con el nombre de Úrsula. Su padre, Francisco, estaba al frente de la guarnición local con el grado de alférez. De su matrimonio con Benita Mancini nacieron siete niñas, dos de las cuales murieron en tierna edad. Úrsula fue la última y, al igual que las otras, creció en un ambiente saturado de piedad, creado sobre todo por la madre, mujer profundamente religiosa y de delicados sentimientos, que dejará su nidada de niñas y de adolescentes el 28 de abril de 1667, cuando solo contaba cuarenta años.

Antes de morir, llamó junto a sí a sus hijas, y mostrándoles el Crucifijo, asignó a cada una de ellas una llaga; a Úrsula, la menor, le correspondió la del costado. El acto dice mucho de la religiosidad de la familia Giuliani, en la que la oración en común, la armonía y la práctica de las obras de misericordia formaban la vida de cada día. En los procesos de canonización de Verónica alguien dijo: "En casa de los Giuliani se leía cada noche la vida de un santo".

Así sucedía en Mercatello, así siguió entre 1669-1672 en Piacenza, donde las niñas se trasladaron con su padre, que había obtenido el oficio de superintendente de los impuestos al servicio del duque de Parma; y así, finalmente, continuó después de su regreso a Mercatello.

De este período feliz de su vida Verónica recordará las travesuras, la bondad de las personas que la rodeaban, la tierna devoción de sus oraciones a la Virgen y al Niño Jesús, las primeras llamadas a la vida religiosa, la larga y agotadora resistencia que el padre opuso al cumplimiento de este ardiente deseo suyo.

Francisco Giuliani había permitido que las otras cuatro hermanas entraran libremente en un monasterio, pero ante la petición de Úrsula - la más querida, la más inteligente, y según la interesada, la más mimada y consentida de las hijas - no estaba dispuesto a ceder. Quería que se quedase con él, que formase una familia. Pero ya a los nueve años Úrsula había tomado su decisión, y el viejo alférez tuvo que capitular

ante la inamovible resolución. De manera que el 28 de octubre de 1677, cuando aún no había cumplido los diecisiete años, Úrsula vistió el hábito religioso entre las capuchinas de Città di Castello, tomando el nombre emblemático de Verónica.

Pero, ¿de quién será ella la "verdadera imagen", la copia fiel? El entusiasmo de Verónica, mantenido por su juventud (en el monasterio la llamarán durante mucho tiempo "la niña") no deja lugar a dudas: aspira con todo su ser a convertirse en una verdadera imagen de Cristo crucificado.

Al ingresar en las capuchinas, ella trae consigo inestimables riquezas espirituales: la inocencia, el hábito de la oración, un entusiasmo sin límites, la firme voluntad de trabajar en serio y una gran dosis de ingenuidad que le impide imaginar obstáculos de toda clase a su ardiente sed de perfección religiosa. Verónica está preparada y decidida a escalar la cima de la santidad, heroicamente, como lo hicieron sus modelos, los santos, cuyas gestas había escuchado desde su niñez. El monasterio es la palestra que hace posible la emulación de su generosidad. A su juicio, el carril sobre el que deberá correr y deberá recorrer está constituido por la oración y la penitencia, la contemplación y el sufrimiento.

A grandes rasgos, Verónica va por este carril durante casi veinte años, entre obstáculos e incomprendiones, decidida a alcanzar su objetivo, cueste lo que cueste. A su alrededor, en el monasterio, todo se desarrolla en la cotidianidad más gris, pero su itinerario hacia Dios registra numerosas fechas memorables: el 1 de noviembre de 1678, la profesión religiosa; el 4 de abril de 1681, Jesús le pone sobre la cabeza la corona de espinas; el 17 de septiembre de 1688, es elegida maestra de novicias, oficio que desempeña hasta el 18 de septiembre de 1691; el 12 de diciembre de 1693 comienza a escribir el Diario; desde el 3 de octubre de 1694 hasta el 21 de marzo de 1698 es de nuevo maestra de novicias; el 5 de abril de 1697, Viernes Santo, recibe los estigmas; el mismo año es denunciada al Santo Oficio y, en 1699, privada de la voz activa y pasiva.

Son fechas y hechos que, por sí mismos, permiten intuir que en Verónica había ocurrido algo arcano, a lo que el mismo mundo conventual había reaccionado con la confianza, la admiración e, incluso, con la guerra declarada. La que sufrió fue la pobre "humanidad" de Verónica, sometida a privaciones, penas y humillaciones de toda clase. El relato de los sufrimientos, que ella buscó que le impusieran, tiene algo de horripilante. Ni el hagiógrafo ni el lector moderno logran justificar, o solamente comprender, un comportamiento semejante. En cierto sentido, la misma Verónica renunció a ellos cuando, superada finalmente aquella etapa de su terrible ascesis, habló de "locuras que me empujaba a hacer el amor".

Desde que recibió los estigmas (1697), estas "locuras" comenzaron a ser menos frecuentes, para desaparecer completamente en 1699. Desde entonces Verónica estará contenta por "sufrir los males y tormentos que se veía y sabía que venían directamente de la mano de Dios para purificarla cada vez más". Era ésta una regla de oro que no se cansaba de inculcar a las jóvenes monjas, a las que sugería que "moderasen su deseo de penitencias".

Por inclinación natural, Verónica tendía a hacer la parte de María, no la de Marta.

En los primeros años que pasó en el monasterio, creyó poder apagar su sed de perfección sumergiéndose en la meditación contemplativa. También la impulsaba en esta dirección la repugnancia que sentía por las humildes tareas domésticas y los servicios caritativos. Después, para colmar el sentido de vacío y descontento que había en ella, eligió servir. Por otra parte concibe el trabajo manual como un ejercicio de ascesis, como una penitencia; y esto desencadena en su ser una invencible repugnancia. Hasta aquel momento nunca le había pasado por la cabeza que cumplir aquellos actos fuera más útil y más altruista que no retirarse a su celda en contemplación y mortificación. De todas maneras, ella se pregunta si la pura contemplación puede resolver el problema moral de vida; y esto le lleva a discutir dentro de sí puede tener mayor valor espiritual la vida activa que la contemplativa. He aquí una frase suya muy reveladora: "¿No podía haber estado en el mundo haciendo el bien y no habrías sido útil también a los demás". Afortunadamente, pronto concluye que también puede ser útil a los demás quedándose en el monasterio. Así, hablando de la vida escondida en Dios, escribe: "y esto lo he de hacer en la oración, en las labores, por todas partes; no con el retiro de la persona en la celda, sino en medio de toda la comunidad he de practicar la soledad con Jesús... Me parece que con las obras mejor se verá lo que Dios quiere de mí".

Verónica ha conquistado una certeza práctica, y es que el modo más eficaz para encontrar a Dios consiste en buscarlo con sinceridad en medio de las diversas ocupaciones. Una norma práctica que seguirá hasta el último día de su vida y que con los modos más convincentes inculcará a sus religiosas.

El 7 de marzo de 1716, al revocar el Santo Oficio una disposición disciplinar, deja que Verónica pueda concurrir con pleno derecho a las elecciones para los cargos del monasterio y, en efecto, el 5 de abril siguiente es elegida abadesa, cargo que ejercerá hasta su muerte. Fueron doce años de gobierno ininterrumpidos y bendecidos por Dios. Son años envueltos en la luz del prodigio. El martirio de amor la había mantenido en vida para padecer. El amor había tenido su humanidad en un desnudo padecer. El 6 de junio de 1727 sus males corporales se habían agudizado y durante 33 días había padecido un triple purgatorio, en el cuerpo, en el alma, en el espíritu. La santa llamó junto a sí - como se lee en un testimonio de los procesos - a muchas religiosas que habían sido sus novicias y jóvenes y dijo: "Venid aquí, el Amor se ha dejado encontrar: esta es la causa de mi padecer; decidlo a todas, decidlo a todas". Después pidió que se cantase una alabanza sobre la Encarnación del Verbo; al cantarla estalló en un gran llanto: "¿Quién no llorará ante un Amor tan grande?". Y con la obediencia del confesor que la asistía, se serenó y expiró. Era el alba del 9 de julio de 1727.

Debido a la fama de santidad, el obispo diocesano Alejandro Francisco Codebò, el 6 de diciembre del mismo año, abrió el proceso ordinario informativo. Verónica fue beatificada el 17 de junio de 1804 y canonizada el 26 de mayo de 1839.

*Mariano D'Alatri*



27 DE JULIO

## Beata María Magdalena Martinengo (1687-1737)

Margarita Martinengo (María Magdalena) nació en Brescia el 4 de octubre de 1687.

Entró en el monasterio de capuchinas de Santa María de las Nieves el 8 de septiembre de 1705, donde permaneció por 32 años, hasta su muerte.

El Viernes Santo, 11 de abril de 1721, experimenta el “Matrimonio espiritual”.

En 1723 fue nombrada maestra de novicias, cargo que desempeñó por dos años.

En 1725, julio-noviembre, por mandato del confesor, escribe su autobiografía.

En 1725 y 1726 fue secretaria, dispensera y consejera y del 3 de junio de 1727 hasta el 24 de abril de 1729 fue de nuevo maestra de novicias.

En 1729-1730 fue segunda y luego primera consejera y en 1731 de nuevo maestra de novicias.

El 28 de junio de 1732 es elegida abadesa por un bienio y reelegida el 12 de julio de 1736, pero el 21 de abril de 1737 renuncia y se retira a la enfermería.

El sábado 21 de julio de 1737 María Magdalena muere.

En 1739 el cardenal Querini pone en marcha el proceso, que se desarrolla en los años 1757-1759.

El 16 de septiembre de 1761 son aprobados los escritos y el 5 de mayo de 1778 Pío VI reconoce la heroicidad de las virtudes.

El 10 de julio de 1810 los restos de María Martinengo son trasladados del monasterio a la iglesia de Santa Afra.

El 3 de octubre de 1900 León XIII la declara Beata.

El 28 de noviembre de 1948 se trasladan los restos de la beata a la iglesia del Sagrado Corazón en Brescia y el 26 de febrero de 1972 al nuevo monasterio de las capuchinas en Brescia.

*Veo - a mí me parece claramente - que Dios quiere de mí que me pierda constantemente en Él, sin otra operación de mis potencias, ya sumergidas en el abismo de su divina Esencia. Puesto que el Señor me ha introducido en este abismo infinito, en él me abismaré, me sumergiré, me aniquilaré y allí quedaré toda consumida.*

*Tendamos, pues, al infinito, alma mía: infinita humildad, infinita caridad, infinita paciencia y obediencia, infinito amor de Dios y resignación en su divina voluntad, pérdida infinita de todo tu ser en el mar infinito del Ser divino. Así sea.*

(Beata María Magdalena Martinengo).

## UN AMOR INSUFRIBLE

En las capuchinas de Santa María de las Nieves, en Brescia, todas la llamaban “el criado” del monasterio. Se la veía ocupada de continuo en trabajos pesados, “siempre airosa en la faena”, sin permitirse excepciones ni privilegios, siempre dispuesta y a punto para todo; era sana y robusta en la cara, manos y pies, como para engañar a los mas atentos observadores, ocultando en buena parte, casi hasta su muerte, aquellas horribles penitencias y enfermedades igual que la abundancia de los carismas celestiales. Pero sor María Magdalena, que León XIII declaró beata el 3 de junio de 1900, no era de fuerte complexión física. Cuando a los 18 años ingresó en el monasterio, a las capuchinas se les antojó una joven de rostro “como de cera”, con “un cuerpecillo para protegerlo en una campana de cristal”.

Había nacido en Brescia, en el palacio de los condes de Martinengo, el 4 de octubre de 1687, en un parto difícil, que cinco meses más tarde cobró la vida de la noble Margarita de los condes Secchi de Aragón. Por temor a que muriese, fue bautizada de urgencia en casa, y se le impuso el nombre materno. Las ceremonias complementarias del bautismo solemne tuvieron lugar el 21 de agosto de 1691, con ocasión del bautismo de su hermana Cecilia, nacida ésta de las segundas nupcias del padre, Francisco Leopardo Martinengo, conde de Barco, con Elena Palazzi.

De precoz inteligencia, fue educada con esmero, y, a los seis años, confiada al pensionado de las ursulinas. La maestra Isabel Marazzi la adiestró en la oración y el estudio. El breviario era su lectura preferida; y en sus manos, el rosario. Así la recordarían sus familiares. Apasionada por la lectura (“todo mi contento era leer”, dirá en su autobiografía), se procuró una cultura nada común en literatura italiana y latina, que la rica biblioteca paterna se la ofrecía con abundancia.

Como acontecimiento de gracia, ella recuerda este suceso de su infancia. Durante un viaje en carroza tirada por seis caballos, de repente cayó fuera del carruaje y hubiera sido arrastrada y aplastada por las ruedas, si el toque de una suave mano no le hubiera sacado del peligro. Al filo de los once año ingresó, el 14 de octubre de 1698, en el internado del monasterio de las agustinas de Santa María de los Ángeles, para continuar su educación; allí estaban dos tías maternas religiosas.

La primera comunión fue para ella dramática. Cayó al suelo la sagrada forma, quizás por la excesiva conmoción del momento, y ella hubo de tomarla con la lengua, sintiendo que sus miembros se estremecían con un “frío temblor”, como si fuese juzgada indigna del Señor. Intensificó entonces - influida también por las vidas de los santos que devoraba con avidez - su ansia de mortificación y meditación. Las dos tías maternas le iban resultando excesivamente celosas y agobiantes, tanto que en agosto de 1699 pidió a su padre que la llevara al internado del monasterio benedictino del Santo Espíritu. Pero antes pasó unos meses de vacación en familia, en las

bellas montañas del lago Iseo.

Aquí comenzó a sentir una atracción sensible por la vida contemplativa claustral. Ella misma recordará que enamorada “a la vista de aquellos parajes alpestres y solitarios, de aquellas grutas tan bellas que parecían me llamaban a cobijarme allí, me hubiese escapado, si la cantidad de lobos no me hubieran metido tanto miedo”. La tentación la traía de Santa María de los Ángeles. Con dos compañeras había intentado “marcharse a un desierto para padecer allí a su gusto”; pero la puerta secreta del monasterio estaba bien cerrada y no pudo forzarla. Esta adolescencia de fuego nos evoca análogos gestos de santos y santas que tuvieron la misma tentación en tal edad.

También en el monasterio del Santo Espíritu se encontraban otras dos tías maternas. No eran tan impertinentes como las otras, pero no se preocupaban de otra cosa sino de la salud de la sobrina y su porvenir como dama de la alta sociedad. “Me aburrieron tanto - escribiré - que no me habría hecho religiosa allí por todo el oro del mundo”. Entretanto su vocación carismática iba adquiriendo más netos perfiles. Su oración interior le hacía arder por dentro. Al fin, su psicología de frágil adolescente, no habituada todavía a las divinas operaciones, no pudo resistir, y cayó enferma. Las hermanas, “no dándose cuenta de lo que pasaba en mí, a fuerzas de medicinas, me estropearon más”. Solo Dios, que la había herido, podía sanarla.

Tenía trece años cuando, según escribió: “hice voto de virginidad a Dios”. Entonces fue asaltada por todo tipo de tentaciones. Fueron años terribles. Se sentía desconcertada. A los dieciséis años parecía que definitivamente se imponían los proyectos de la familia. Muchos caballeros la pretendían. El padre la había prometido al hijo de un senador de la Serenísima. También sus hermanos Néstor y Juan Francisco le molestaban. Le traían libros y novelas de amor. Margarita se dejó seducir. Los devoraba de noche y de día. “Libros de infierno”, dirá después. Le agradó entonces vestirse con vestidos refinados y pomposos. Pero un día, llorando ante el sagrario su desventura, tuvo la certeza de que al fin vestiría la áspera estameña de las capuchinas. Era una convicción infusa, proveniente de una misteriosa luz interior, que le inspiraba la Madre de Dios en una visión, como luego narró. Y sin embargo, “yo de las capuchinas no sabía nada”. Tenía diecisiete años.

Terminada la formación en el monasterio del Santo Espíritu, tornó a casa. Era el año 1704. ¿Cómo manifestar al padre su decisión? Sentía una repulsa interior; pese a ello, repetía que ella quería hacerse monja capuchina. Todos la hostigaban: el confesor, las educadoras, el padre, los hermanos, los criados de casa. Cuatro días después, que era Navidad, se presentó en monasterio de Santa María de las Nieves: “Quiero hacerme santa”. Las hermanas, como entonces se acostumbraba, antes de la vestición, le hicieron pasar un período de prueba en el colegio de la ciudad de Maggi, dirigido por las ursulinas.

Pasada la Cuaresma, el conde Leopardo le preparó un viaje de placer por varias ciudades de Italia. En Venecia el tío Juan Bautista organizó muchas fiestas galantes; un hijo suyo se enamoró de la condesita y pidió su mano. Margarita estaba a punto



de ceder, y habría mandado un correo a su padre, si entretanto una fidelísima doméstica no le hubiera dado un consejo: encomendarse primero al Señor “para obtener luz”. Pasó aquella noche en oración y por la mañana estaba del todo decidida a seguir su vocación: “Habría pasado entre lanzas para entrar; tal era mi certeza de cumplir con ello la voluntad de Dios”.

Vuelta a Brescia, después de unos ejercicios espirituales en el colegio Maggi, el 8 de septiembre de 1705, traspasó el dintel del monasterio de Santa María de las Nieves acompañada de un festivo cortejo de carrozas; vistió el hábito marrón y tomó el nuevo nombre de sor María Magdalena. La separación de los familiares fue para su naturaleza sensibilísima como un corte mortal. Lo describe con estas palabras en su autobiografía: “¡Dios mío! ¡Qué desgarró eran para mí mis eres queridos! Entraron una a una las tres compañeras; yo entré en cuarto lugar. Al ser la última para entrar, una dama me cogió y estrechó con tal fuerza que pienso que la instigase el demonio. Di aquel paso con tanta violencia que creo que de seguro no ha de ser mayor el de la separación del alma del cuerpo”.

El año de noviciado, bajo la dirección de una maestra rígida y extravagante y de conovicias celosas, fue una cruz de pruebas y arideces; tanto que en los primeros escrutinios de la comunidad María Magdalena fue juzgada inepta para la vida capuchina: “habría sido la ruina del monasterio”. Tras el cambio de maestra, en una votación posterior, las monjas dieron por unanimidad el voto favorable, y así el 8 de septiembre de 1706 María Magdalena se consagraba definitivamente al Señor con la profesión religiosa.

Inmersa en la vida cotidiana de un trabajo fatigoso en un pobre monasterio del setecientos, su vida claustral que duró 32 años podría parecer monótona y de poco aliento, si su aventura interior no fuera un grandioso panorama de espiritualidad, perceptible ahora por sus maravillosos escritos, que aguardan una definitiva y completa edición. Para sintetizar la actividad de su vida en el monasterio son expresivas las palabras de un estudioso de su espiritualidad: La condesa Margarita, ahora sor María Magdalena, “fue sucesivamente fregona, cocinera, recadera, hortelana, panadera, barrendera, ropera, lavandera, lanera, zapatera, bodeguera, sastra, secretaria, bordadora, ayudante de la sacristía, y, sin ser encargada oficial de la enfermería, ejerció espontáneamente los servicios más humildes y pesados. Fue también maestra de novicias, consejera, vicaria y abadesa”.

En 1708 unos ejercicios espirituales dirigidos por un padre jesuita con acentos marcadamente jansenistas le provocaron un temor excesivo de la justicia divina, hasta caer en una debilidad extenuante con fuerte fiebre. La enfermedad la puso al borde de la muerte; pero, gracias a los consejos iluminados del confesor que escuchó su larguísima confesión general, interrumpida por sollozos, María Magdalena experimentó el don de la perfecta reconciliación y de la absolución plenaria de sus pecados y con ello la curación. A partir de este momento la acción poderosa de Dios obraba en ella con una fuerza de amor y de dolor que la hicieron una “esposa de sangre”.

Todos los mayores dones místicos encontraron en ella una docilidad total. Su itinerario espiritual pasó a través de la oración afectiva a la contemplación infusa. Ella misma intentó describir este punto: “Yo seguía mi método de hablar con Dios - escribo en la autobiografía - queriéndolo hacer con mayor amor y más diligencia, y temiendo perder un solo momento de tiempo; y el Señor me correspondía internamente con palabras dulcísimas. Entonces yo ponía la cabeza en tierra, y al instante el Señor en lo íntimo del corazón me respondía: Hija amada, tú me amas, pero yo te amo a ti mucho más sin comparación. Si le decía: Señor, tomad mi corazón que yo ya no lo quiero tener, Él, agradeciendo el ofrecimiento, me parecía que, tomándome el corazón, me ponía allí el suyo, todo en llamas de amor; y yo, no pudiéndolo soportar así encendido y lleno de fuego, me desvanecía por el ardor que suavemente me consumía”.

El fuego del amor divino le iba consumiendo, y para apagar este ardor se infligía increíbles penitencias, ocultándolas por humildad incluso a los médicos. En tan pequeño espacio vital como es el ambiente de un monasterio, pasó casi inadvertida. Las envidias, el aburrimiento o la curiosidad de algunas hermanas, la picardía juvenil de las novicias y las tácticas de observación furtiva, inventadas por algunas religiosas, no lograron arañar su secreto de amor y de dolor. Sus desconcertantes mortificaciones - nosotros diremos de gusto barroco - , centenares de agujas clavadas en todas las partes del cuerpo, disciplinas, cilicios, incisiones, quemaduras con malla de alambre y fuego y azufre, sin olvidar las noches místicas y las acción interna y misteriosa del Espíritu Santo, todo pasó casi en el secreto de una vida ordinaria. “Mi vida entera es un despropósito. Sufro por no sufrir”.

Es difícil exagerar su desconcertante martirio, “mártir dolorosa por mano de amor”, como ella dejó escrito; con todo, los sufrimientos corporales fueron superados por los espirituales y morales. Cuatro hermanas hasta la muerte le mantuvieron una total antipatía; un confesor le hizo quemar, como heréticos, los escritos; un vicario episcopal le prohibió hablar de cosa espirituales a sus ex-novicias. Todo lo soportó. Decía: “En las cosas más arduas hay que obrar a lo héroe”.

Su experiencia espiritual ha quedado plasmada en los numerosos manuscritos autógrafos, comenzados por obediencia (la *Autobiografía*, el *Comentario a las Máximas espirituales* de fray Juan de San Sansone, relaciones a sus directores espirituales), continuados por la presión de sus novicias (*Avisos espirituales*, *Explicación de las constituciones capuchinas*, *Tratado de la humildad*), o por impulso interior (los *Diálogos místicos*). Son escritos que rezuman experiencia espiritual trinitaria, cristológica, cruciforme, eucarística, mariana. Cuando sean publicados (se está preparando la edición) representarán un vértice de la literatura mística femenina del setecientos.

María Magdalena fue literalmente consumida por el amor divino. Cuando en 1737 renuncia al ministerio de abadesa, su cuerpo estaba ya acabado. Habiendo sufrido repetidos desvanecimientos, las hermanas de comunidad pudieron, al fin, descubrir en su cuerpo martirizado los signos de las tremendas penitencias y las

estigmas de los diversos tormentos de la pasión del Señor.

El final fue rápido y sereno. Gozó cuando supo que era inminente la hora final, y a sus hermanas que lloraban les ofrecía a la boca moras que tenía junto a sí en un canastillo. Oraba con versículos de la Biblia. Después pudieron escuchar que susurraba: “¡Ya voy, Señor, ya voy!”. Y serenamente expiró. Era el 27 de julio de 1737. Iba a cumplir 32 años de vida religiosa y 50 de edad.



28 DE JULIO

## Beata María Teresa Kowalska (1902-1941)

Pertenecía al Convento de las Monjas Clarisas Capuchinas de Przasnysz. Si bien su vida transcurrió en silencio, el recuerdo de su muerte heroica - cosa única en la memoria de este monasterio - sigue siendo aún hoy muy vivo. Son pocas las noticias biográficas que se conservan de Sor Teresa.

Nació en Varsovia en 1902. No se conocen los nombres de sus padres y es probable que tuviera hermanos y hermanas. Hizo la primera comunión el 21 de junio de 1915 y la confirmación el 21 de mayo de 1920. Su padre, simpatizante socialista, se fue con la familia a la Unión Soviética por los años veinte. Desde entonces no se sabe nada de la familia de la Beata.

Por las notas escritas en su librito religioso *El libro de la vida*, sabemos que se inscribió en la asociación del "Rosario", del "Escapulario de la Inmaculada Concepción", del "Corazón de Jesús", de "San José", de la "Pasión del Señor", de la "Virgen de los Dolores". Pertenecía también a la cofradía de la "Madre de Dios de la Buena Muerte", a la "Archicofradía de la Guardia de Honor", al "Apostolado por los enfermos". Todo esto hace suponer que antes de entrar en la Orden de las Capuchinas llevaba una vida piadosa y ejemplar.

A los 21 años Mieczysława recibió la gracia de la vocación religiosa. Entró en el monasterio de las Monjas Clarisas Capuchinas de Przasnysz el 23 de enero de 1923, con la conciencia de reparar la culpa de su familia, contagiada por el ateísmo. Al tomar el hábito el 12 de agosto de 1923 recibió el nombre de Sor Teresa del Niño Jesús. Hizo la primera profesión el 15 de agosto de 1924, y la perpetua el 26 de julio de 1928.

Era una persona delicada y enfermiza, pero muy dispuesta para todo y para todos. En el monasterio servía a Dios con devoción y solicitud. Con su modo de hacer se conquistaba la confianza de todos - cuenta una de las religiosas. Gozaba de grande respeto y consideración por parte de los superiores y de las hermanas. Desempeñó uno tras otro diversos cargos: portera, sacristana, bibliotecaria, maestra del noviciado y consejera.

Sor Teresa vivió su vida religiosa en el silencio, totalmente dedicada a Dios, distinguiéndose por su total entrega. El 2 de abril de 1941 los alemanes irrumpieron en el monasterio y arrestaron a todas las religiosas, llevándolas al campo de concentración de Dzialdowo. Entre ellas iba Sor Teresa, enferma ya de tuberculosis. Todas las 36 hermanas fueron encerradas en un único local y sometidas a condicio-

nes de vida humanamente afrentosas e indignas: ambiente sucio, hambre tremenda, terror continuo. Las religiosas sufrían además sabiendo que en aquel mismo campo eran torturadas personas, como los obispos de Plock Antonio Nowowiejski y León Wetmanski, y tantos otros sacerdotes.

Después de un mes transcurrido en aquellas condiciones de vida, hasta las hermanas con más salud comenzaron a enfermar. La que más se resintió fue Sor Teresa, que no era ya capaz de mantenerse en pie. Aquejada de hemorragias pulmonares, le faltó cualquier clase de socorro médico e, incluso, el agua para aplacar la sed y para las exigencias fundamentales de la higiene.

Pero todos los sufrimientos los soportó con gran valor y, mientras le fue posible, acompañó a las hermanas en los rezos, además de su oración personal. En medio de tan duras pruebas, consciente de que su muerte estaba cercana, decía: *Yo no saldré ya de aquí, ofrezco mi vida por que las hermanas puedan retornar al convento*. De vez en cuando preguntaba a la Abadesa: *Madre, ¿falta mucho todavía? ¿Moriré pronto?* Se extinguió en la noche del 25 de julio 1941. Su cuerpo fue llevado de allí sin que se sepa qué fue de él.

Su muerte hizo reflexionar mucho a las hermanas. Estaban convencidas de que Sor Teresa había concluido su vida santamente y que moraba ya en la gloria de los bienaventurados; por ella sentían una particular veneración. Según lo que había predicho, dos semanas después de su muerte, el 7 de agosto de 1941 las monjas fueron dejadas libres. Aquella liberación la interpretaron como una gracia recibida de Dios por intercesión de sor Teresa. Hecho realmente singular, pues normalmente los alemanes no dejaban salir a nadie de los campos de concentración.

Las religiosas no pudieron volver entonces al monasterio de Przasnysz, pero quedaron libres hasta su retorno en 1945. En ellas se ha mantenido siempre vivo el recuerdo de la santa vida y de la muerte como mártir de su hermana. De ello queda constancia en el "*Libro de las difuntas*" del monasterio de Przasnysz. Las noticias sobre Sor Teresa Mieczyslawa Kowalska eran comunicadas a las nuevas candidatas, lo mismo que a los parientes o amigos que visitaban el monasterio. En la crónica del monasterio, cuando se describen los acontecimientos del arresto y de la permanencia de las monjas en Dzialdowo, se da mucho espacio a la suerte de Sor Teresa. Pero a causa de las condiciones de los monasterios contemplativos bajo el régimen comunista, no ha habido hasta ahora publicaciones sobre Sor Teresa Mieczyslawa Kowalska. Pero, con el proceso de beatificación, se fue difundiendo más la fama de su martirio.

A nuestra Beata Teresa Mieczyslawa Kowalska, monja clarisa capuchina, tratada de manera inhumana en el campo de concentración de Dzialdowo, se pueden atribuir las palabras de la *Imitación de Cristo*. Plenamente resignada a la voluntad de Dios, su ardiente deseo era unirse a Cristo: *Si fuera probada y afligida por tantas adversidades, no tendré miedo del mal, porque Tú estás conmigo. Tu gracia es mi fuerza, me da consejo y me conforta. Es más poderosa que todos mis enemigos*.

He aquí por qué Sor Teresa Mieczyslawa Kowalska vivió y testimonió a Cristo

con su santa vida y sobre todo con su valerosa muerte.

Fue beatificada por Juan Pablo II el 13 de junio de 1999 en Varsovia junto con otros cinco capuchinos en el grupo de 108 mártires del nazismo. Su memoria no ha sido integrada con la de sus hermanos mártires capuchinos el 16 de junio, sino puesta como celebración personal el día 28 de junio.

25 DE OCTUBRE

## Beata María Jesús Massiá Ferragut y compañeras, vírgenes y mártires

### Beatas María Jesús, María Verónica y María Felicidad (+ 1936)

Uno de los grupos más significativos de entre los mártires beatificados el 11 de marzo de 2001 es el formado por María Teresa Ferragut y sus hijas María Jesús, María Verónica y María Felicidad, capuchinas, y Josefa, agustina descalza.

María Teresa, casada con Vicente Massiá, fue una madre ejemplar. Tuvieron ocho hijas –dos de las cuales murieron en temprana edad– y un hijo, a los que educó cristianamente. Cinco de las hijas se entregaron al Señor en la vida consagrada contemplativa, y el único varón fue sacerdote capuchino. Terciaria franciscana desde muy joven, presidenta de la Conferencia de San Vicente de Paúl, e integrante de otras asociaciones religiosas, supo compaginar sus deberes de esposa y madre con la asistencia frecuente a la iglesia parroquial y la atención personal a los necesitados, a los que socorría un día a la semana, y fuera de ese día señalado cada vez que acudían a su casa en demanda de ayuda material, que siempre iba acompañada de oportunas palabras de aliento y consejo.

Sus hijas, al llegar a edad conveniente, manifestaron sus deseos de entrar en la vida religiosa. María Jesús, María Verónica y María Felicidad lo hicieron en el convento de capuchinas de Agullent, que pocos años antes había sido fundado con monjas procedentes del convento de Alicante. Josefa eligió el de las agustinas descalzas de Benigánim. María Jesús fue maestra de novicias, y María Verónica tornera y organista. María Felicidad, por su salud algo delicada, no ocupó cargo alguno. El hecho de ser hermanas carnales no supuso ningún obstáculo para la vida comunitaria. Dice una testigo: «Eran tan ejemplares y se comportaban tan por igual con todas las religiosas que no se conocía si eran hermanas carnales». Señala también: «Eran muy humildes y estaban siempre dispuestas a sacrificarse por las otras hermanas y además eran muy mortificadas». Josefa, por su parte, fue priora de su convento, maestra de novicias y enfermera. «Era alma de oración y muy prudente, justa y discreta», dice una testigo. Y otra: «Se distinguió por su humildad y amor al sacrificio». Toda esta vida de entrega, fidelidad y abnegación fue la mejor preparación para su inmolación.

A partir de julio de 1936 la situación se hizo insostenible. Las religiosas tuvieron que salir de sus monasterios, y se dirigieron a casa de su madre. Las cuatro hermanas, que años antes habían dejado la casa paterna para entregarse al Señor, se ven de nuevo reunidas en el hogar, que transforman en casa de oración y preparación para lo que el Señor les depare. Juntas habían crecido en su vida humana y de fe, y juntas rubricaron con el derramamiento de su sangre la entrega al Señor.

La persecución se desató en Algemés. Después de eliminar a los católicos más relevantes, una voz dio el aviso de que todavía quedaban cuatro monjas en una casa del pueblo. Una tarde se presentó un grupo de milicianos obligándolas a seguirlos. La madre no quiso abandonarlas en aquel trance. Las encerraron a las cinco en el monasterio cisterciense de *Fons Salutis*, convertido en cárcel. Allí pasaron una semana, sometidas a las molestias que les infligían sus carceleros. Uno de aquellos días unos revolucionarios incontrolados quisieron asaltar el convento, pero finalmente se pudo evitar el asalto. Durante su cautiverio les proponían que accedieran a casarse, con lo que las dejarían libres, pero ellas prefirieron siempre la fidelidad al Señor.

A las diez de la noche del día 25 de octubre, domingo de Cristo Rey, un grupo de milicianos hizo subir a las cuatro religiosas a un coche. La valerosa madre no quiso abandonarlas tampoco en aquellos momentos, logrando que no la separaran de sus hijas. El coche se dirigió a la vecina ciudad de Alcira. Durante el trayecto, las cinco iban rezando. A la altura de la Cruz cubierta, el coche se detuvo, y las hicieron bajar a todas. Aunque los autores del martirio no lo sabían, el día y el lugar no podían ser más apropiados: junto a la cruz gloriosa de Jesucristo, Rey de los mártires, y precisamente el día de Cristo Rey. Quisieron comenzar la inmolación con la madre, pero ésta dijo resueltamente: «Quiero saber qué hacéis con mis hijas, y si las vais a fusilar, quiero que me fusiléis a mí la última». Así lo hicieron. La madre animó a las hijas: «Hijas mías, sed fieles a vuestro esposo celestial, y no queráis ni consintáis en los halagos de estos hombres». También les decía: «Hijas mías, la muerte es cuestión de un momento; no temáis». Fueron abatidas por las balas sor María Jesús, sor María Verónica, sor María Felicidad y sor Josefa. La última en caer fue la madre.

El Santo Padre, en la memorable homilía del día de la beatificación, dijo de ellas: «La anciana María Teresa Ferragut fue arrestada a los ochenta y tres años de edad junto con sus cuatro hijas religiosas contemplativas. El 25 de octubre de 1936, fiesta de Cristo Rey, pidió acompañar a sus hijas al martirio y ser ejecutada en último lugar para poder así alentarlas a morir por la fe. Su muerte impresionó tanto a sus verdugos que exclamaron: “Ésta es una verdadera santa”».

Los restos de las cinco beatas reposan en la iglesia parroquial de San Pío X de Algemés.

## Beata Isabel Calduch Rovira (1882-1937)

El vigor y la ternura se hermanaron en esta hija de santa Clara, austera consigo



misma y delicada con los demás, que se opuso valientemente a quienes perseguían a su hermano sacerdote y que, llegado el momento, consumó con su ofrenda martirial el don que de sí misma había hecho a Dios en la profesión religiosa.

Josefina Calduch Rovira nació en Alcalá de Chivert (Castellón) el 9 de mayo de 1882. Fueron sus padres don Francisco Calduch Roures y doña Amparo Rovira Martí. Era la última de cinco hermanos. Al día siguiente de su nacimiento recibió el sacramento del Bautismo en la iglesia parroquial de san Juan Bautista.

Pertenciente a una familia de hondas raíces cristianas, ella misma atribuía su vocación a las oraciones de su padre. Muchas veces había oído decir a una tía suya, monja capuchina en Castellón, que a Dios había que darle la lozanía de la juventud, no los huesos de la vejez, y que para ser religiosa tenía que ser santa. En su juventud, acompañada de una amiga, llevaba comida a una anciana necesitada, ayudándola también en la limpieza de la casa y persona, según confió a una religiosa.

Desechando algunas buenas proposiciones para formar matrimonio, ingresó a los 19 años en el monasterio de Capuchinas de Castellón, recibiendo el nombre de Isabel. Se distinguió por su humildad, obediencia y espíritu de mortificación. «Jamás se la oyó una palabra altisonante y permanecía siempre alegre», dijo un hermano suyo. «Sabía dominar la irascibilidad, pues ante cualquier contrariedad antes lloraba que pronunciaba cualquier palabra de desahogo», señala una religiosa. Para sí misma era rigurosa, pero al mismo tiempo manifestaba dulzura con los demás. Sin ser demasiado comunicativa, pues hablaba poco y de cosas de Dios, mostraba en el trato su temperamento pacífico y humilde, así como su carácter alegre y jovial, y tenía siempre la sonrisa en los labios. Transparentaba su mucha vida interior, y en todo veía la mano bondadosa de Dios. Dadas sus cualidades humanas y espirituales, fue nombrada maestra de novicias.

Ante la persecución que se estaba desatando, «más de una vez manifestó desear el martirio, pero pedía a Dios le diera fuerza en esos momentos si llegaban ya que se consideraba muy débil», afirma una testigo.

Al verse obligada en 1936 a abandonar el monasterio sor Isabel se refugió junto con otra religiosa en casa de mosén Manuel, su hermano, en Alcoceber. Como no estaban seguros, se trasladaron los tres a Alcalá de Chivert. Allí se dedicó a la oración y a las tareas propias de la casa, temiendo siempre por la vida de su hermano. Hubo varios intentos de llevárselo, pero fracasaron ante la decidida oposición de sor Isabel. Los que querían eliminar a su hermano urdieron una estratagema. Ofrecieron un salvoconducto a las monjas para que fueran a Castellón a buscar un lugar más seguro que el que ofrecía Alcalá de Chivert. Fue la ocasión de apresarlos y martirizarlos. En Castellón fueron detenidas e injuriadas las dos religiosas, y solo gracias a la intervención de un miliciano que la conocía pudieron escapar de la muerte.

Sor Isabel vivió unos meses más en casa de un hermano. Salía poco a la calle. Colaboraba en las tareas de la casa, continuando la vida de oración y mortificación que había observado en el monasterio. Esperaba confiada en el Señor. El 13 de abril de 1937 llegó también para ella la hora del martirio. A las diez de la mañana registraron la casa donde estaba sor Isabel, y la llevaron hacia el comité junto con el

padre Manuel Geli, franciscano del convento de Alcalá. Al registrarla le encontraron un rosario y un crucifijo, con el que le dieron un golpe en el labio hiriéndola gravemente. Después sometieron a vejaciones y graves injurias a los dos detenidos. A sor Isabel le preguntaron si volvería al convento, a lo que respondió animosa que sí lo haría. Por la noche fueron conducidos sor Isabel y el padre Manuel a Cuevas de Vinromá. Al llegar al cementerio les mandaron avanzar, e hicieron fuego sobre los dos. Después sepultaron los cadáveres en una fosa, de la que fueron exhumados en 1940. Sus restos se veneran en la iglesia de las Capuchinas de Castellón.

## Beata Milagro Ortells Gimeno (1882-1936)

Nace Milagro Ortells en Valencia (España) el 29 de noviembre de 1882, en el seno de una familia acomodada y profundamente católica. En esta tierra bien abonada fue creciendo en la disponibilidad al querer de Dios a quien experimenta progresivamente como la única razón de su vida.

El año 1902 ingresa como Clarisa Capuchina en el monasterio que la Orden tiene en la misma ciudad que le vio nacer. La sencillez de su alma y su buen carácter hacen que la hermana Milagro sea alguien en quien las virtudes brillen de manera evidente. Desde su entrada en el convento hasta su sacrificio supremo, su vida será una continua ascensión en el amor que le irá llevando hacia la santidad.

Estaba dotada de una rica personalidad humana y espiritual. Un detalle nos pone en evidencia la exquisita sensibilidad de su alma: no permitía que en su presencia se hablara negativamente de nadie. Esto le hizo ser persona de confianza para todas las hermanas.

Tenía un carácter decidido e ingenioso, alegre y jovial, atenta siempre a las necesidades de las hermanas, a quienes ayudaba siempre con la sonrisa en los labios. Con esta delicadeza de espíritu desempeñó todos los oficios que se le confiaron: enfermera, refitolera, sacristana, tornera, secretaria, consejera y maestra de novicias.

La hermana Milagro tenía una intensa vida interior. Ante todo se revistió de caridad y humildad. Su piedad era sólida y la característica más sobresaliente en ella fue su amor a la Eucaristía y a la Virgen Madre.

A pesar de su frágil salud supo mantener siempre la austeridad de vida propia de la Orden. Tenía un gran espíritu de sacrificio y en su vida penitencial reservaba un lugar privilegiado para la conversión de los pecadores.

Aunque a veces manifestó su temor natural a una muerte violenta, ofreció su vida por la santificación de la Iglesia y de su comunidad. Ella no se consideraba digna de recibir la palma del martirio, pero solía decir a sus hermanas: ¿Qué mejor que el martirio...?; en un momento nos vemos en el cielo. Al tener que dispersarse la comunidad al inicio de la guerra, dijo como despedida: “Yo voy a morir”. Y así fue, el 20 de noviembre de 1936, a los 54 años de edad, la fidelidad de Jesucristo brilló

en ella haciendola fuerte en su debilidad para la confesión de su nombre. Al morir, sus ojos limpios, atravesado el rostro por más de una bala, quedaron entreabiertos para siempre en una mirada serena llena de paz colmada, ternura, perdón y misericordia: no quedaba duda de que había sido una muerte de amor. En una frase podemos encerrar el sentido de su paso por este mundo: “Vivió la caridad hasta el extremo de la entrega de su vida”.

El martirio de la hermana Milagro fue el coronamiento de una vida santa, vivida fielmente, día a día, en el surco humilde de la fraternidad, la pobreza y la oración.



2 DE DICIEMBRE  
Beata María Ángela Astorch  
(1592-1665)

Jerónina María Inés (Ángela María) nace el 1 de septiembre de 1592 en Barcelona.

El 16 de septiembre de 1693 entró en el monasterio de capuchinas, iniciado por Ángela Serafina Prat, y estuvo cinco años de postulante, siendo todavía demasiado joven.

El 7 de septiembre de 1608 inició el noviciado, y el 8 de septiembre de 1609 hizo la profesión religiosa.

El 9 de mayo de 1614, con el cargo de maestra de novicias, fue a fundar el monasterio de Zaragoza.

En 1624 es elegida vicaria, y tres años después abadesa.

El 2 de junio de 1645, con otras cuatro hermanas, fue a fundar un nuevo monasterio en Murcia, titulado de “La Exaltación del Santísimo Sacramento”.

En el nuevo monasterio hubo de sufrir a causa de las frecuentes inundaciones, sobre todo en los años 1651 y 1653.

Fue abadesa hasta 1661hn .

Inhábil para una ulterior elección canónica, se entregó por entero a al contemplación.

En 1665, el 2 de diciembre, a la edad de 75 años, fue al encuentro de la muerte cantando el *Pange lingua*.

Abierto inmediatamente el proceso, y retomado en 1668, los restos permanecieron incorruptos, si bien profanados durante la guerra civil española (1936-1939), y ahora se conservan en el nuevo monasterio de Murcia.

Juan Pablo II al declaró Beata el 23 de mayo de 1982.

*“Y, como no hallo palabras a las mercedes que me comunica, me valgo se semejanzas y lugares de Escritura que, teniéndome comprendida en mi profundidad, no corre Escritura, sino sólo el Autor de ella, y mi alma reconcentrándose con él”*  
(*Mi camino interior V, 22*).

(Beata María Ángela Astorch)

## MÍSTICA BÍBLICA Y LITÚRGICA

Jerónima María Inés, nacida el 1 de septiembre de 1592 en Barcelona, era la última de los cuatro hijos que tuvieron en su matrimonio don Cristóbal Astorch y doña Catalina. No tuvo tiempo de conocer a su madre, que murió diez meses después. Fue confiada a una nodriza, y bien pronto, a la edad de cinco o seis años, quedó también huérfana de padre. Su hermana Isabel seguía al grupo de las jóvenes atraídas por la espiritualidad de Ángela Serafina Prat. También la pequeña Jerónima se sintió muy temprana ligada a esta aventura de las capuchinas. Y tanto más que, cuando tenía siete años, le ocurrió que, por haber comido almendras amargas, quedó como muerta, y ya se estaba tratando de la sepultura, si no hubiera intervenido madre Serafina, que en un éxtasis le hizo volver a la vida. De hecho, la misma Jerónima escribió: “Mi niñez no fue sino hasta los siete años y, de éstos en adelante, fui ya mujer de juicio y no poco advertida, y así sufrida, compuesta, callada y verdadera” (Discurso de mi vida, 8).

A los 9 años sus tutores la pusieron a estudiar. Aprendió a leer, a escribir, y a ejercitarse en los trabajos femeninos. Apareció en ella una verdadera pasión por los libros, y en especial los escritos en latín, hasta el punto de provocar la admiración del maestro. Por ello se hacían hermosos proyectos para su futuro; pero ella, deseosa de seguir el ejemplo de su hermana, pidió entrar en monasterio. Después de alguna perplejidad de los parientes, vista su madurez, superior a su edad de 11 años, pudo realizar su deseo. El 16 de septiembre de 1603 traspasó el umbral de la clausura, llevando consigo los seis volúmenes del breviario en latín, que sabía leer perfectamente. En la vestición recibió el nombre de María Ángela.

Un experto confesor, Martín García, que había vivido vida eremítica diez años, le acompañó en el camino espiritual. Ella trataba de imitar a la fundadora Ángela Serafina Prat y a su hermana Isabel. La madre maestra, Victoria Fábregas, era rígida y la trataba con métodos espartanos. Su afán por los libros latinos, superior a su edad, hizo temer por la humildad de la novicia, que tuvo que resignarse a no utilizar ya tales libros en latín. Pero el latín le venía a los labios, con un conocimiento tal de la Sagrada Escritura, de los santos Padres y del Breviario que más tarde convenció a teólogos y a algún obispo que se trataba de ciencia infusa.

Cinco años tuvo que pasar como postulante, ella, la niña de la casa, pero este tiempo en régimen de noviciado. El 7 de septiembre de 1608 comenzó el verdadero noviciado, bajo la dirección discreta y conscientemente distante de su hermana como maestra. No faltaron aflicciones y tentaciones. Por su cultura superior hubo de ejercer de “maestrilla” de las compañeras de noviciado. El 8 de septiembre de 1609 hizo la profesión en manos de sor Catalina de Lara, que sucedió como abadesa a la fundadora, muerta el año anterior, y continuó su camino espiritual por otros cinco años.

Entretanto, la nueva congregación capuchina se iba expandiendo con vida. La madre Ángela María, con otras cinco hermanas, fueron enviadas a fundar un convento en Zaragoza, que había de ser un centro de irradiación de las clarisas capuchinas en España. El 19 de mayo de 1614 esta comitiva de hermanas partió, a su vez, de Zaragoza. Sor María Ángela iba con el encargo de ser maestra de novicias

y secretaria; le costó enormemente separarse de su hermana, que moría dos años después, con sólo 36 años de edad. El viaje fue desastroso, volcando carro y caballos. En el nuevo monasterio de Ntra. Sra. de los Ángeles, María Ángela fue la formadora de una generación de capuchinas.

En 1624 fue elegida vicaria, y tres años después abadesa. Pero permaneció siempre “correctora de coro”, es decir, responsable de la ejecución exacta de las ceremonias y de la dignidad de la recitación del breviario. Al comienzo de su oficio de abadesa obtuvo del Papa Urbano VIII la aprobación de las Constituciones de las capuchinas españolas. Consiente de la importancia del conocimiento de la Regla para la santificación de cualquier instituto religioso, insistía para que las hermanas la estudiaran continuamente, y en su monasterio se leía públicamente al principio del mes, para que también las analfabetas la pudiera aprender. En las conferencias espirituales hablaba tan bien y con tanta unción que, en cierta ocasión, un obispo se lamentaba de que no fuera... sacerdote. Era una madre que no ahorraba esfuerzo, pronta a todos los trabajos, en la cocina, en la lavandería, en la enfermería, en la huerta.

A quien le preguntaba por qué lo hacía, respondía: Porque para vosotras daré incluso la vida. Compartía con los pobres las limosnas del monasterio y socorría generosamente a los necesitados con lo poco que había en casa. Cuando Zaragoza fue invadida de pobres andrajosos, que venían de la rebelión de Cataluña, distribuyó entre algunas pobres mendigas los vestidos que las novicias habían traído de la vida seglar. Su espiritualidad se fue haciendo cada vez más profunda, una espiritualidad toda bíblica y litúrgica. Todos los misterios de Cristo y de María, de los ángeles y los santos encontraba eco profundo en su corazón, con visiones e iluminaciones superiores.

A los santos los trataban con gran familiaridad. Entre ellos privilegiaba a doce, que llamaba su “consistorio” celeste, como maestros y abogados para las virtudes y las necesidades concretas: san Juan Evangelista, modelo de amor; san Francisco de Asís, de la perfecta fidelidad a la Regla; san Benito, de la pureza; su madre santa Clara, de todas las perfecciones. El breviario inspiraba y encuadraba, de forma creciente, su vida interior: “Me acontece muchísimas veces - escribía en 1642 - que, cantando los salmos, me comunica su Majestad, por efectos interiores, lo propio que voy cantando, de modo que puedo decir con verdad que canto los efectos interiores de mi espíritu y no la composición y versos de los salmos. [...] (Cita que tomamos de: Beata María Ángela Astorch..., 52; Ver: Mi camino interior IV,97)”

En el monasterio de Zaragoza vivió unos treinta años. La comunidad había crecido en número y calidad, y ya el espacio resultaba insuficiente. El deseo de Ángela de propagar la Orden se realizó a consecuencia de una salvajada sacrílega, cometida en Barcelona por alguna facción de las tropas de Luis XIV, que habían profanado algunas iglesias. Un piadoso canónigo, Alejo de Boxadós, pensó erigir un monasterio de clarisas con el título reparador de “Exaltación del Santísimo Sacramento”, y se puso en contacto con las capuchinas. El 2 de junio de 1645 cinco hermanas, guiadas por madre Ángela Astorch, con el canónigo, se pusieron en camino rumbo a Murcia. También en esta ocasión el viaje fue desastroso: el cochero, dormido, cae bajo las ruedas del carruaje. La fe de las hermanas le hicieron volver en sí y pudieron seguir. Una solemne procesión inauguró el nuevo monasterio de Murcia, dedicado al Santísimo Sacramento, en armonía con los sentimientos de la

beata Ángela, que en la Eucaristía veía recapitulada toda la cristología. Y logró introducir entre sus religiosas la práctica de la comunión diaria.

El monasterio llegó a ser un centro de espiritualidad. Durante la peste que se propagó en 1648, las religiosas salieron incólumes, como fueron igualmente preservadas de las periódicas inundaciones del río Segura en 1651, si bien es cierto que el monasterio tuvo mucho que sufrir. Las religiosas hubieron que refugiarse en una residencia veraniega de los jesuitas, en la montaña, por trece meses, a la espera de que el monasterio fuera restaurado. Vueltas a casa el 22 de septiembre de 1652, un año después hubieron de acudir a la residencia del monte por motivo de nueva inundación. Entonces una acusación difamatoria, propagada por una mujerzuela, puso a prueba a la beata; pero pronto fue reconocida su inocencia.

Vuelta, finalmente, a su monasterio, continuó con su oficio de abadesa hasta 1661. Ya, entrando en sus 70 años, habría querido retirarse toda “sola con el Solo”. Obtuvo la gracia de quedar inhábil para el desempeño de trabajos y así poder darse totalmente a la vida contemplativa. A mediados de noviembre de 1665, después de padecer algunos ataques epilépticos, recobró memoria e inteligencia. Pero era el final. Se sentía en la cruz. Cantaba algunas veces el *Pange lingua*, en espera de su “esposo de sangre”. El cual, de hecho, vino a recogerla el 2 de diciembre de 1665, cuando ella contaba 75 años.

Tres años después se abrió el proceso ordinario en la diócesis de Cartagena-Murcia. Después de un largo silencio, se volvió a tomar en 1688, y se continuó hasta nuestro tiempo. Su cuerpo, que permaneció siempre incorrupto, fue profanado durante la guerra civil española (1936-1939), y ahora es conservado en el nuevo monasterio de Murcia. Juan Pablo II, el 23 de mayo de 1982, la ha declarado Beata Ángela Astorch. Quien desee conocer su experiencia mística puede leer sus maravillosos escritos, muy modernos en estilo, agradables, publicados en un volumen por Lázaro Iriarte: *Mi camino interior: Relatos autobiográficos - Cuentas de espíritu - Opúsculos espirituales - Cartas* (Madrid 1985), tanto más que “a justo título puede ser considerada como uno de los anillos más importantes en la historia de la devoción al Niño Jesús, al Sagrado Corazón, a la Eucaristía, a la Pasión y a Cristo, Buen Pastor, del que deriva el culto mariano, todo capuchino, de la ‘Divina Pastora’”.

## MARÍA LORENZA LONGO (1463-1542)



María Lorenza Llonc, italianizado Longo, nació en Cataluña hacia 1463, de la noble familia de los Riquenga. Muy joven, se casó con Juan Llonc, regidor en el Consejo de Aragón. Tuvieron muchos hijos. Una empleada, enfadada con ella por un reproche, encontró la ocasión propicia para darle un veneno y por esta razón María Lorenza se quedó paralizada. En 1506 siguió a su esposo a Nápoles, por ser nombrado Regidor de la Real Cancillería.

A la muerte de su marido, en 1510, ella, a los 47 años de edad, mientras estaba en peregrinación al Santuario de la Virgen de Loreto, consiguió el milagro de la curación. Con la salud física recibió la gracia de la conversión y decidió dar un sentido nuevo a su vida: vistió el hábito de la Tercera Orden de san Francisco y, volviendo a Nápoles, se dio de cuerpo entero a las obras de caridad. Fortalecida por la espiritualidad de la Compañía de los Blancos de los Oratorios del Divino Amor, difundidos por Ettore Vernazza, en 1522 fundó el Hospital de los Incurables donde ella se encargó de las víctimas del "mal francés" (sífilis). Como el contagio, en la mayoría de los casos, era a través de la prostitución, se sintió invitada a ocuparse de las prostitutas por quienes fundó una comunidad "de Las Convertidas", con la Regla de san Francisco.

Después de 1530 se sintió llamada a completar la obra del Hospital con un monasterio de vida contemplativa, donde ella misma pudiera vivir para consagrar al Señor, en la oración, el resto de su vida.

Con la ayuda de san Cayetano de Thiene, llegado a Nápoles en aquellos años, y guiada por su dirección espiritual, ella expuso su propósito al cardenal Caraffa quien impulsó el propósito. A fines de 1534, con un grupo selecto de mujeres ya al servicio de los enfermos, de humildes orígenes, y por esto en la imposibilidad de encontrar acogida en un monasterio ya existente por falta de dote, se reunió en los locales dejados por los Teatinos y empezó una nueva experiencia religiosa, cada vez de mayor austeridad, retiro, incesante oración, soledad, penitencia, imitando el ejemplo de los Frailes de la vida eremítica -llamados después Capuchinos-, llegados por aquellos años a Nápoles, y después acogidos cerca del Hospital. Allí ellos se habían distinguido por la intensa oración, la incansable caridad y la austera penitencia, en una temporada de fuerte crisis para la vida consagrada.

El 19 febrero 1935 el papa Pablo III autorizó la construcción de un monasterio en los alrededores del Hospital de san Francisco, según la Regla de santa Clara. El monasterio se llamó de "Santa María en Jerusalén", por el deseo ardiente que María Lorenza tenía de visitar la Ciudad santa.

María Lorenza había entrado de lleno en la corriente espiritual humanística de inspiración bíblica que, ya a fines del siglo XV, congregaba a distintas personalidades cultas y eminentes del tiempo. De tales ambientes espirituales Llonc hereda un gran amor a la Escritura, una fe práctica que se traducía en una confianza sin límites en el amor redentor de Cristo y en una donación total al prójimo por medio del ejercicio de la caridad.

Murió probablemente el 21 de diciembre 1542: las fuentes relatan sus últimos momentos de vida: "Casi al punto de expirar, mirando hacia las hermanas, les dijo:



Hermanas, vosotras pensáis que yo haya obrado grandes cosas en buenas obras; pero yo en nada de mí misma confío, mas toda en el Señor”. “Y, mostrando la punta del dedo pequeño, dijo: Un poquito así de fe me ha salvado.

Dijo esto con gran alegría y con una semblante maravillosa".

Su causa de beatificación fue introducida el 4 de septiembre de 1892.

## **ANGELA MARGARITA SERAFINA PRAT**

(1543-1608)

Es la Fundadora de las Capuchinas en Cataluña. Nació 16 de octubre de 1543 en Manresa, diócesis de Vich, hija de Matías y de Columba Prat, agricultores; y en el bautismo le pusieron el nombre de Ángela Margarita. Transcurrió su juventud en Barcelona, como criada, y se destacó como hábil bordadora. Sentía, en el fondo, la llamada al claustro, pero, doblegándose al querer de sus familiares, en 1575 se casó con un sastre, Francisco Serafi, que le dio el apelativo de Serafina y del que tuvo tres hijos, dos de ellos muertos en tierna edad. El breve paréntesis de su matrimonio, vivido en Barcelona, Villafranca del Panadés y Manresa, fue para ella un continuo martirio por la vida disoluta del marido. Al morir éste en 1582, Margarita se consagró al recogimiento, a la oración, a las obras de misericordia con los pobres y enfermos, a la educación cristiana de su hija Bárbara, y, junto con ella, a aprender a leer.

Un día, mientras oraba ante el crucifijo de la iglesia de los capuchinos de Manresa, que visita con frecuencia, se sintió inspirada a hacerse capuchina y a iniciar esta Orden en España. Arcángel de Alarcón, vicario *in capite* de los capuchinos, le dio el hábito en 1586. Alma penitente y profundamente contemplativa, sus éxtasis eran frecuentes y espectaculares, tanto que llamaron la atención de la Inquisición y más tarde del obispo de Barcelona. Pero, examinada, nada se le encontró digno de censura. En aquel año de 1586 se trasladó definitivamente a Barcelona, donde se rodeó de un grupo de pías mujeres, que fue formando en la oración, en el retiro y en la penitencia, y con ellas solía visitar el solitario convento capuchino de Monte Calvario.

Lamentaba que en España no hubiera monasterios en los cuales se pudiera entrar sin dote. Encontrándose con el obispo Juan Dimas y Loris, le expuso sus ideas, que el prelado aprobó y favoreció. En 1593 se hizo terciaria franciscana, y en 1599 pudo finalmente realizar el voto de fundar las capuchinas. En la visita que hicieron a Barcelona los nuevos reyes de España iban acompañados del nuncio Camilo Gaeti; éste, en calidad de legado *a latere* ratificó la fundación con un breve del 26 de mayo de 1599. El monasterio tomaba la denominación de “Santa Margarita la Real”, en honor de la reina Margarita de Austria, gran admiradora de Serafina.

El 6 de julio de 1599, ella con nueve novicias vistieron el hábito de las capuchinas, y tres años después (7 de mayo de 1702), emitieron la profesión de los votos en manos del obispo Alonso Coloma, que nombró abadesa a Serafina, entregándole al mismo tiempo el texto, adaptado, de la Regla y de las Constituciones en uso en las capuchinas italianas de Nápoles y Roma. En 1604 Clemente VIII equiparó el monasterio de Barcelona con los otros de la Orden, acto que fue de nuevo ratificado en 1608 por Paulo V, el cual sanó *in radice* cualquier posible defecto. La fundadora murió el 24 de diciembre del mismo año 1608, justo cuando su obra comenzaba a conocer aquella difusión que actualmente ha alcanzado más de un centenar de monasterios.

El pueblo, que había venerado a Serafina como santa cuando estaba todavía en vida, quiso verla elevada al honor de los altares inmediatamente después de la muerte. Por esto, fueron instruidos diversos procesos, desgraciadamente con defecto de forma, hasta que al comienzo del siglo XX, el 29 de julio de 1912 se abrió el proceso ordinario.

Su espiritualidad se puede resumir en esta frase del obispo Luis Sans, que conoció a la sierva de Dios y trazó un perfil biográfico; a su parecer, ella fue “un Evangelio viviente en palabras y obras”. Los núcleos de su espiritualidad fueron la Trinidad, Cristo en su encarnación y pasión, la Virgen María, san Francisco y santa Clara, y sus virtudes características la humildad, la pobreza, la obediencia, la caridad y la penitencia.

### **MARÍA DIOMIRA DEL VERBO ENCARNADO** (1708-1768)

Juan Serri y Teresa Curti, padres de la Venerable María Diomira, eran originarios de Suiza. El padre, por su trabajo de alférez, varias veces tuvo que cambiar lugar de residencia. Viviendo en Génova, el 23 de febrero de 1708 nació la Venerable, bautizada con el nombre de María Teresa.

De carácter volitivo e inteligente, fue educada cristianamente en su familia y muy pronto desarrolló un vivo interés por el Señor Jesús, con una particular atención a los misterios del sufrimiento, como sugería la espiritualidad del momento. Deseando una oración intensa y prolongada, desde niña vivía en soledad, y en escrúpulos, y los familiares se reían a veces de ella. A los ocho años se trasladó con la familia a Suiza, primero a Zug y después a Friburgo, y en este periodo recibió su Primera Comunión. Después volvió de nuevo a Génova; se trasladó a Pisa, donde encontró a un confesor que entendió muy bien la profundidad de su ánimo, y, considerando que había llegado el momento para ella de abrazar sus más altos ideales, le permitió la comunión diaria.

En este mismo periodo encontró por casualidad a un fraile capuchino que la ayudó a entrar siempre más en la meditación de la Pasión del Señor y la introdujo en la práctica de la penitencia corporal.

Creciendo en edad, aumentaban sus deseos de vida consagrada al Señor. Vivió por dos años en el monasterio benedictino de Pisa, pero no encontró lo que su corazón deseaba. En este periodo se dedicó con más atención y energía a las obras de caridad y conoció a las Capuchinas de Città di Castello, quienes le manifestaron su disponibilidad para acogerla, ofreciéndole el lugar de santa Verónica, muerta hacía poco tiempo. Pero parece que el mismo san Francisco en una visión le indicara a las Capuchinas de Fanano, como lugar para vivir su vocación.

Después de varios encuentros familiares, el 5 de octubre 1730 ingresó en monasterio con el nombre de sor María Diomira del Verbo Encarnado. Aquí se reveló su gran capacidad de soportar y sufrir, fortalecida por los métodos educativos del noviciado, utilizados en aquel tiempo. Ocupada en un primer momento en servicios comunitarios ordinarios, fue nombrada después maestra de novicias y, después de nueve años en este servicio, abadesa en varias ocasiones. En su celo para que se observara la Forma de vida, instauró un régimen de gran rigor penitencial y ascético. Muchas de las monjas no apreciaron esto y la acusaron de no dar

suficiente alimento a la comunidad y de ahorrar dinero para los trabajos de manutención del monasterio.

Esta incomprensión y las calumnias le sirvieron para crecer siempre más hacia una conformación a Jesucristo, purificada por el dolor y la penitencia. Pensaba que la voluntad de Dios hacia ella era el permanecer unida a la pasión del Señor, y por cuarenta años llevó en la carne, en la región del corazón, una cruz con treinta y tres clavos puntiagudos. En la noche de la Navidad de 1726 sintió una herida en lo íntimo que le causó gozo y dolor y presagió que se acercaba el momento de contemplar cara a cara Aquel que siempre había buscado. La vísperas de la Epifanía se enfermó y el 14 de enero de 1768 murió. Después de su muerte fueron de nuevo visibles los signos de las estigmas tenidas antes de ingresar en el monasterio.

León XIII introdujo la causa en 1901.

## LIBROS:

Lázaro Iriarte, *Beata Florida. Discípula de Santa Verónica Giuliani, 1685-1767*. Provincia Capuchina de Navarra-Cantabria-Aragón - Monasterio de Capuchinas de Città di Castello, 2002 (Original italiano 1993).

Santa Verónica Giuliani . Experiencia y doctrina mística . Relatos autobiográficos. Edición preparada por Lázaro Iriarte, O.F.M.Cap. (Biblioteca de Autores Cristianos, 516). Madrid 1991.

Catalina Mudarra Blanco, *Al final triunfó el amor: Familia Masià Ferragut (+ 25 de octubre de 1936)*. Alicante 2002.

Lázaro Iriarte, *Beata María Ángela Astorch . Clarisa Capuchina (1592-1665) . La mística del Breviario*. Valencia, Editorial Asís 1982.

Lázaro Iriarte, Beata María Ángela Astorch, *Mi camino interior*. Edición preparada por L. Iriarte. Madrid 1985.